



CENCERRADA 28.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
PACIENCIA, 3.

—¿Qué estas haciendo, Liberto?

—Estoy preparando el porta-moneas, nostramo.

—¡Ola! ¿Tanto piensas gastar esta féria?

—¡Cá! No, señor; si es que yo le llamo el porta-moneas á la canana.

—Dejate ahora de cananas, hombre; y vente, daremos un paseito por la féria.

—Vamos donde su mercé quiera: pero le advierto que yo no tengo un calé.

—Bueno, hombre: nos pasaremos y veremos lo que por allí hay.

—Corriente: ya estoy yo listo.

—Señor, señor: mire su mercé que hermoso está el *nacional*.

¿Qué nacional es ese, Liberto?

—Este.

—No lo veo.

—Este en que estamos. ¿No se llama *el nacional de la feria* este llano

—Hombre este se ha llamado siempre *el real de la feria*.

—Pero como ahora es *nacional* tó lo que antes era *real*...

—Bueno, hombre, bueno: no riñamos por eso.

—Mire su mercé, señor, cuantos republicanos.

—¿Y en que conoces tú que estos son republicanos?

¡Toma! En las barbas.

—¿Cómo en las barbas?

—Si señor, nostramo. Conozco yo una Marquesa que dice que le dá asco de las barbas corrias, por que tós los que las tienen son republicanos.

¡Buena está la inteligencia de la tal Marquesa!

—Mire su mercé lo que son las cosas. Ahora que no hay que comer, ponen tiendas de cucharas. Instrumentos de boca.

—Vamos, hombre: no te quedes parado.

—Estós son instrumentos de cuerda, nostramos. Guitarras, bandurrias.... aquí vendrá mi barbero que me tiene quemá la sangre con su guitarra, sus siguirillas bajas, y sus...

—Vamos adelante, y no seas maldiciente, Liberto.

—Instrumentos de aire, Señor; abanicos y navajas.

—¡Ya! ¿Tambien son instrumentos de aire las navajas?

—Ya lo creo. En cuanto le abren á

uno un portillo, por allí se entra el aire.

—Dices bien, Liberto. ¿Y aquella tienda de que es?

—De dátiles, Señor. Mira, Majoma: échale al amo una libra, pero que sean de los buenos.

—¿De los que come el emperador?

—¿Pues que teneis vosotros toavía Emperaor? ¡Qué brutos son estos moros, nostramo! ¡y que atrasaos están!

—Liberto, Liberto. Tolerancia por Dios, y no te descompongas.

—Corra osté, nostramo: corra osté, que vamos á ver que es lo que dice en aquel letrado.

—Pero, hombre, lo mismo dirá aunque vayamos despacio: no corras que ya llegaremos. Ay dice EL CENCERRO DEL SIGLO.

—Diga osté: el de las patillas, que tiene osté las narices como la rabailla de un pabo: ¿con qué derecho pone osté ay ese letrado?

—Con el que me dá la gana: á Usté qué le importa?

—¿Que qué me importa: ná, hombre, ná. Que eso que ha puesto osté ay, es mentira; porque EL CENCERRO DEL SIGLO es el mio.

—Ni en toda su vida ha visto Usté un CENCERRO que suene como este: que se oye en media legua en redondo.

—¡Já, já, já! ¿Y es eso tó lo que suena: pues si el mio se oye en Caiz, en Barcelona, en la Coruña, en Alicante, en Málaga, y no solo en toa España, sino en las Islas Baleares y de aguas allá,

—Bien Fray Liberto: no se enfada Usted por eso. Y diga Usted ¿y en los infiernos lo leen también?

—Hoy no, por que no tengo todavía corresponsal; pero lo tendré, que ya tengo contratao al Sr. Suñer pa en cuanto se muera. ¿Está osté?

—Vamos, Liberto. Vente y déjate de tonterías.

—Señor: de aquí no pasamos: esto es lo que yo tenía gana que viese su mercé: *La Cabeza que habla*.—Verá osté: Cabecita, cabecita ¿quién soy yo? —Fray Liberto.—¿Y este?—Tu amo Fray Cencerro.—¿Es verdá, señor, que esta Cabeza es una alhaja.

—Efectivamente que tiene mérito.

—Nostramo, una cabeza así le hacía falta al Sr. Lorenzana.

—A tí si que te hacía falta para que no dijeras tanto disparate: pero vamos á ver donde nos metemos á tomar cualquier tentempie, que yo estoy todavía con el chocolate y si hemos de ir á los toros.....

—Pues vamos á entrar aquí, Señor: en el Café del Gran Capitán que dán unos platos con muy buenas cosas, muy bien guisadas y muy baratas.

—Vamos allá, puesto que tan buenos informes me das de ese bonito y elegante establecimiento.

Diálogo de sobre mesa.

Prim.

Señores. Mi divisa es la *lealtad*. En mi escudo de los Guzmanes habia un caldero, que es el que nos he-

mos comido: no me queda, pues, mas que una *corona en sable*.

Olózaga

Yo tambien tengo en campo verde un carnero, simbolo de cierto *borrego* que busco y no encuentro. Sin embargo, continuaré buscando, por si lo topo.

Rivero.

Vuecencia podrá ser que tope: pero el borrego ni hecho cuartos.

Figuerola.

¿Quién habla de cuartos? ¿Dónde están? Que se me presenten. ¡Ay! Si yo pudiese hacerme de una esportilla de cien reales, esa sería mi divisa.

Lorenzana.

Pues yo, señores, como tengo aun en blanco mi escudo, pienso poner en él una campanilla.

Serrano.

Señor Lorenzana, donde le hace á V. falta esa campanilla es en la boca, no en el escudo. Sin embargo, si ha de hacer V. de ella el uso que el Señor Zuñer, vale mas que esté descampañillado.

Zuñer.

Pido la palabra.

Rivero.

No hay palabra, Sr. Zuñer.

Zuñer.

El hijo de María....

Rivero.

O callas, ó me bebo esta botella y te rompo los cascos con el casco.

Zuñer.

Yo soy Catalan.

Rivero.

Mas que fueras mas portugués que el bolero.

Zuñer. Pido que se me quite esta mordaza.

Topete. No es posible: podría V. mordernos y yo no quiero morir rabiando. Además, es necesario que tenga V. presente que está aquí el General Izquierdo, y que delante de los niños no se pueden decir ciertas cosas.

Izquierdo. Como que me ha encargado mamá que no escuche al Señor Zuñer, porque dice cosas ultramarinas.

Ayala. Protesto. En mi ministerio no hay esas aguas: yo al menos no las conozco; y si queréis que cortemos este incidente os cantaré una coplita...

Todos. Si, si: que cante, que cante.

Ayala. Venga la guitarra.

Racachin,
racachin chin chin
Junta de rabadanes
oveja muerta:
comida de ministros
un rey en puerta.
Pero me temo
que sin el Rey querido
ya nos quedemos.

Todos. Bien, bien: otra, otra: venga de ahí.

Ayala. Allá vá.

Racachin,
racachin chin chin.
Orleans y Coburgo,
Cárlos y Ahosta
huyendo de nosotros

van por la posta.

No hay candidato:
no hay quien los cascabeles
le ponga al gato.
Racachin,
racachin chin chin.

—Liberto ¿qué haces?

—No me interrumpa su mercé, Señor, que estoy dictando una providencia.

—¡Una providencia! ¿Y sobre qué es ello?

—Es una solicitud que me hace D. Juan 1.º de Austria para que le conceda la corona de España.

—Vamos: estás de remate, Liberto.

—Cómo, Señor: aquí la tiene su mercé presente, que no me dejará mentir.

—A ver, hombre, lee.

—Dice así:

Reverendo Fray Liberto:
yo D. Juan 1.º de Austria,
sangrador y comadron,
y vecino de Cazalla,
republicano de empuje
y limpio de telarañas,
ante su paternidad
espongo en pocas palabras,
que puesto que no se encuentra
Rey ni Roque para España,
me reciban como tal
y me declaren monarca.

Favor y justicia etc.

Juan Antonio el de Cazalla.

—Me parece bien, Liberto: pero esa es cuestión tuya: veamos lo que contestas.

—Ya lo tengo aquí puesto, nostramo.

—¿En verso, Liberto? ¿Y desde cuando eres tu poeta?

—¡Toma! ¿Pues no vé su mercé que no hay ya un desuella-caras que no lo sea?

—Bien, hombre, bien. No dejarás de haber contestado alguna majadería. Dame y veremos.

—Dice así:—Decreto—

Yo Fray Liberto, el que APUNTA, y el que dá las CENCERRADAS, á vos, hermano D. Juan, el sangrador de Cazalla, os digo que no os metais en camisa de once varas, si no quereis que *por ende* os hagan también la barba; que no están los tronos hoy para hallar en ellos gangas: Seguid, pues, de comadron, y que Dios os dé su gracia, per omnia secula. Amen.—
—A D. Juan el de Cazalla.

—Diga V., Señor ¿por donde se vá á la casa de Prim?

—No tiene que preguntar.
¿Tiene V. buena nariz?

—No soy chato.

—Pues entonces lo conducirá hasta allí el olor de los potages....

—Pues qué ¿guisan?

—Hay festin.

—¿Se sabe con qué motivo?

—Eso no lo sé decir:

mas segun tengo entendido es ello una cosa así..... como regencia..... ó corona.....

ó candidatos..... en fin que de cada par de botas de las que entran allí sale un boto.....

—¡Jesucristo!

¡lo que puede el engullir!

No lo entiendo.

—Pues, amigo,

lo mismo me pasa á mí.

—Señor, le voy á dar á su mercé una noticia tan grande que no la vá á creer.

—A ver, hombre, di.

—¿A que no acierta su mercé quién es el Ministro de Hacienda?

—¿Madoz?

—¡Cá!

—¿Sa'averría?

—¡Cá!

—¿Sierra?

—¡Cá!

—Pues no sé.....

—Pues lo es el Señor Figuerola.

—Pero, hombre, ese ya lo era.

—Pues eso es lo grande: que siga siéndolo.

—Es verdad, Liberto. Tienes mucha razon.

Tanto se vá manoseando ya la cuestion de desagravios que si no se contiene en ciertos limites entrará pronto en el terreno cómico, y hará recordar aquellas palabras características de los juegos de prendas. — *Sentencio, como muy agraviado que estoy y que lo puedo estar....* El Gobernador de Palencia ha sorprendido en la Sacristía de Santa Marina de aquella ciudad una reunion de doce hombres que comian y bebian con

gran francachela, para arreglar una funcion de desagravios. ¡Vaya un apostolado, y un sitio para desagravios!

Vosotros estais conspirando,—dicen los republicanos á los carlistas.—No. vosotros sois los que conspirais,—contestan los carlistas á los republicanos.—Y la verdad es que ambos tienen razon.

—Señor ¿á que no sabe su mercé quienes son los hombres mas liberales y mas grandes que hay en España?

—¿Los Diputados?

—Mas que los disputaos.

—¿Los voluntarios de la libertad?

—Mas que los voluntarios de la libertad.

—¿Los Republicanos?

—Mas que los Republicanos.

—No lo sé, Liberto.

—¿No? Pues son los maestros de escuela: si señor, los maestros de escuela.

—No te diré yo que no sean liberales; pero no sé por qué los calificas...

—¿Que por qué? Yo se lo diré á su mercé. Casi tós los maestros están ahora mismo en la batalla de Alcolea.

—¿Cómo en la batalla de Alcolea, si hace ocho meses que pasó?

—Pues están en ella, porque desde entonces están batallando por que les paguen y... ¡Cál Ni agua.

—Bien: no les habrán pagado; y eso será una prueba de que no se les atiende como es debido; pero no es prueba de que sean liberales.

—Allá voy: Diga osté, nostramo: si una plaza estuviese sitiá por hambre ocho

meses, y sin embargo no se rindiese ¿seria firme?

—Ya lo creo.

—Pues güeno: la revolucion ha sitiá por hambre á los maestros de escuela, y sin embargo toavía no tengo yo noticia de que ninguno se haya marchao con D. Cárles. ¿Serán liberales?

—Dices bien, Liberto: pero ¿y lo de ser grandes hombres?

—¿Le parece á su mercé chica hombrá haber descubierto el secreto de vivir sin comer?

—Algo comerán, Liberto.

—¡Sí! Como no se coman los chiquillos. Y ahora que caigo, Señor: ¿Si serán los maestros de escuela los que quitan de enmedio tanto niño enmo diariamente desaparece en Barcelona?

—¡Que, hombre! Esos son desatinos.

—Señor, mire su mercé que la hambre puede mucho. Maestro sé yo que se ha comió ya los botones de la chaqueta, los algodones del tintero, y que no se ha comió las suelas de los zapatos, porque las comió antes el tiempo.

—Tienes razon, Liberto: muy desatendida está esa clase tan benemérita y tan digna de mejor suerte.

Refranes.

Mas puede un convite
que cien combates.

Mesa puesta
cuestion resuelta.

Dime con quien comes
te diré quien eres.

—
El comer y el votar
es hasta empezar.

—
Barriga llena
á Prim alaba.

—
Parece que se ha dado orden para
que en las casas de préstamo no se re-
ciban prendas ni efectos de los volunta-
rios de la libertad.—Bien hecho.

Voluntario sin fusil
y el oficial sin espada
no valen nada.

Acertajones.

—
Negro, de seda, con ala,
de figura de colmena,
y se pone en la cabeza,
dime, Castora ¿qué es?

—
Grande como una escopeta,
con cañon, caja y baqueta,
con su llave y bayoneta,
y al descargarlo hace puuum.
¿Qué es?

—
Tiene dedos y no es mano,
botones y no es chaleco,
es suave como un guante,
y hecho de piel de borrego.
¿Qué es?

El Director de «El Lucero» periód-
co republicano que se publica en Carmo-
na, ha sido reducido á prision, por ha-
ber insertado dos articulos de fondo que
habia publicado otro periódico. Si tal
castigo se impone al que los ha repro-
ducido, ¿cuál se habrá impuesto al au-
tor? No lo sabemos; pero es de creer
que le hayan pegado cuatro docenas de
tiros. ¡Cuidado con zampar en la cárcel
á un ciudadano sin mas que por decir:—
Fulano dice esto!...

—
Se dice que Sor Patrocinio se dedica
en París á hacer conservas.—A ella si
que seria conveniente ponerla en con-
serva.

—
A todo el mundo le ofrece
nuestra corona el Francés,
y es posible que muy pronto
esté sin la suya él.

—
No te metas, Serranito,
en el palacio de Oriente:
mira que está contagiado
y puede darte la peste.

—
Salustiano ya se aburre
á fuerza de calabazas:
la cuestion de monarquía
vá teniendo malas trazas.

—
En Florencia Montemar
y en Portugal Salustiano,
despues de tanta rebusca
no encuentran un soberano.

El Emperador de Francia
tiene de reyes repuesto;
pero todos ellos son
de los que encuentra Liberto.

Doña Isabel de Borbon tiene un re-
presentante en Roma, al cual le paga
diez mil duros de renta.—¡Bien por
las mozas que tienen salero para gastar!

Si el dinero que ahora tira
lo hubiera ganado hi'ando,
quizá no derrocharia
como lo está derrochando.

El Sr. Lorenzana obra y calla. Sin
decir no vuelvo al Ministerio, no ha
vuelto, y ha hecho bien. El Sr. Lo-
renzana sabe lo que se hace y lo que se
calla.

Unos amigos del Administrador de
Correos de Solero (Lérida) se propusie-
ron darle una broma; y al efecto no
encontraron otra mas inocente que echar
por el buzón una gran cantidad de pól-
vora y tras ella un carbon encendido.
Resultando de ello que momentos des-
pues era la casa un monton de cenizas
y escombros, entre los que habian per-
dido la vida dos hijos del Administra-
dor.—Me gustan las bromas que gas-
tan los amigos del Administrador de So-
lero. Si estas bromas dan los amigos
¿qué harán los enemigos?

Partes telegráficas.

Interior.

Habrá un Gefe del Estado
(República vergonzante):
tras aquello vendrá esto;
sigamos, pues, y... adelante.

Exterior.

En Paris hay zaragata
y helén electora:
milagro será no truene
la monterilla imperial.



APUNTEN.

La cuestion de monarquía
los diputados discuten:
sigan ellos discutiendo
y yo diciéndoos APUNTEN.

CÓRDOBA:—1869.

Imprenta del *Diario de Córdoba*.
San Fernando, 34.